

Diógenes A. Arrieta

Parecía un griego de los tiempos de Pericles, un fugitivo de las lecciones de Pórtico y los salones de Aspasia. Todo en él era estilo luminoso, belleza y armonía.

Su helenismo no era helenismo afeminado de las rimas de Anacreonte y los amores de Meleagro, no era el griego perfumado y cortesano, sino el griego luchador y filósofo, el del tumulto de las plazas públicas, de los peripatéticos y de la Academia. Era un alma de artista que parecía venir huérfana y atónita del pie de la tribuna de Demóstenes o del lecho de muerte de Sócrates: era un Platón ateo.

Todo en él era arte, pero arte grandioso. No comprendía los desvaríos de la moderna literatura. Su cincel poderoso, hecho para modelar sus grandes creaciones, no podía emplearse en fabricar estos arabescos que pulen con mano femenil los artistas decadentes de la literatura actual. Este cíclope de ojo luminoso no podía dejar su maza a un lado para sentarse a hilar como Narses en un coro de esclavos a manera de esos rimadores infecundos que ocultan su debilidad bajo las banderas del arte y en nombre de la belleza desertan de la lucha y del tumulto. El no entendía de ese decadentismo importado, que

ha enfermado de manera lamentable los espíritus débiles o soñadores y la juventud que encuentra bella esa literatura de flores exóticas y luxuriantes caídas una a una de la corona del snobismo.

Arrieta, como bardo, no figura en esa procesión de cantores anémicos y pálidos que van cantando quimeras en los brazos del ensueño. Arrieta comprendió la belleza, pero majestuosa y grande. La belleza que brota de un mármol pentélico cuando lo toca el cincel de Praxiteles.

Bardo trascendental, le apellidó Rojas Garrido.

El Maestro dijo la gran palabra.

Poeta excelso el poeta que lucha y que medita, el que comprendiendo el momento histórico en que vive traduce en su acento los anhelos del pensamiento, las aspiraciones informes, los gritos, los combates, las pasiones de la inmensa ola humana que ruge en torno suyo.

Tres bardos hay en Colombia que representan tres estados del pensamiento nacional; tres momentos psicológicos, tres épocas de la conciencia patria. En sus libros se hace el viaje de la sombra hacia la luz.

José Joaquín Ortiz, Rafael Núñez y Diógenes Arrieta.

El uno es la fe; el otro la duda; el otro la negación.

Del misticismo al panteísmo la escala es completa.

Ortiz es creyente y austero como el Dante; Núñez es Montaigne haciendo versos; Arrieta es Lucrecio, más luminoso, más artista.

Ortiz es el pasado. Cerrados sus ojos a la luz, vuelta la espalda al Oriente, de rodillas ante los altares, aquel Milton católico, cantor de ideales muertos, hosco y soberbio contra el mundo que avanza, canta la fe, los milagros, las apariciones de Lourdes, las consejas del estado de alma de una sociedad incipiente, y en éxtasis ante sus visiones, voluntariamente ciego, llena sus libros de plegarias y anatemas y muere al fin sobre el ara del templo que empiezan a abandonar las multitudes, fijos los ojos en los ídolos que vacilan y las luces que se extinguen...

Núñez es el cantor indolente, cínico, corruptor. Sus estrofas deletéreas y abruptas son como la helada ráfaga que apaga las luces todas y deja el templo en tinieblas.

Arrieta ni ora ni duda. De pie en la cima, niega. Es el alma nacional independizada ya. El esplendor de Damasco iluminó su cerebro y no cegó sus ojos. El apóstol está en pie. La nueva y grandiosa escuela poética principia en él.

Aislado en la cima espera a que lleguen a ella nuevos bardos.

Abajo rumorea el valle, murmura la fuente y pájaros multicolores ensayan himnos de amor voloteando en el ramaje.

El águila solitaria mira abajo las fiestas del collado, escucha los cánticos y espera que nuevos compañeros acudan a la cima...

La elocuencia de Arrieta era la elocuencia brillante, deslumbradora, armoniosa; arrullaba y atronaba, tenía gemidos de paloma y rugidos de león; esplendores de miraje y resplandores de incendio.

Aquellos labios fueron hechos para que por ellos brotara a torrentes la armonía y aquella voz para recorrer el diapasón de las pasiones humanas y la gradación inmensa de la belleza hablada.

Era en la tribuna más original que en sus obras. Su personalidad estaba entera en esa cima. Ese es su pedestal.

Aquella frase reposada, serena, amplia, que él pulía cuando escribía, con su cariño de artista, con su exquisito gusto estético, al salir a sus labios se fragmentaba, se coloreaba, se incendiaba y salía como una explosión de centellas iluminando el horizonte.

Una vez en la tribuna, ya aquel excesivo cuidado del arte no lo entraba, ya no se enredaba como el albatros de Beaudelaire en la pesadumbre de sus alas, sino que las abría como un cóndor inmenso y se elevaba y aturdía y hería con el ruido y el roce de esas alas.

Cuando Rojas Garrido, que era la cima, caía herido por la muerte, la tribuna colombiana se enlutó porque había caído el maestro; pero quedaba en pie el discípulo para decir, desde esa tribuna rota, el himno a la belleza y el sublime evangelio de las conciencias libres.

Ungido fue para la grandeza de la tribuna, por los guijarros de la plebe fanática y los anatemas de

la Iglesia el día en que oscuro estudiante dejó por primera vez oír la armonía de su verbo tempestuoso al pie de la estatua de Bolívar a quien cantaba, frente a la basílica cristiana que afrentaba, y en presencia de un pueblo que rugía furioso a sus plantas.

Demóstenes fue a la orilla del mar para aprender en monólogo espantoso a dominar con su acento el acento de las olas. Arrieta se hizo tribuno ensobreciendo y dominando el inmenso mar humano en diálogo tempestuoso con las multitudes, agitándolas con su acento y aplacándolas con su verbo poderoso.

Su vida tribunicia fue vida de lucha.

Su elocuencia cosmopolita brilló con igual resplandor en los Congresos de Colombia y Venezuela, y su agitada vida de tribuno lo hubiera llevado lejos de esas playas ¿a dónde habría ido que con su talento no hubiera ocupado las cimas y, nuevo Orfeo, no hubiera

traído las multitudes murmuradoras y conmovidas a sus pies?

No hemos de juzgarlo como político.

En ese mar de fango y de miserias, bajo el cielo plomizo de la envidia; en esa lucha pertinaz en que se agitó, su talento poderoso lo llevó de una a otra playa entre los aplausos de los unos y el anatema de los otros, pero vencido o vencedor, siempre aclamado por su mérito y querido por sus amigos.

¿Que quemó incienso ante el altar de los poderosos? Pues fue un idólatra más grande que sus ídolos.

¿Que dobló la rodilla? No es verdad, pero os lo concedemos para decirnos que Arrieta, de rodillas, es más grande que sus críticos en pie.

Arrieta murió en la fuerza de su edad.

Como un inmenso arco-iris, se apoyaba en las dos generaciones liberales; la que declina, cargada de tristezas y de gloria, y la que asoma, coronada de sueños y de esperanzas.